

Del apogeo del sadismo a los mecanismos de reparación

Melanie Klein diversificó sus experiencias, profundizó su reflexión e hizo bien pronto nuevos descubrimientos. Tres de ellos sobresalen entre los demás:

- 1) el descubrimiento y la exploración, bajo el nombre de "fase de apogeo del sadismo", del núcleo de lo que puede llamarse, siguiendo a Wilfred Bion, la "parte psicótica de la personalidad",
- 2) la descripción y la interpretación de la psicosis infantil en términos de perturbación de la formación de símbolos y
- 3) el reconocimiento de los mecanismos de reparación.

Todos estos descubrimientos parecen haber surgido, de la aplicación del psicoanálisis por medio del juego a niños esquizoides en primer término y abiertamente psicóticos más tarde.

El psicoanálisis de niños constituyó la síntesis de esos nuevos elementos y de los resultados ya establecidos en 1927.

2. LA TEORÍA DEL DESARROLLO

La teoría de la fase de apogeo del sadismo

Entre 1927 y 1932 Melanie Klein aplicó lo esencial de sus esfuerzos en el ámbito de la teoría de las pulsiones a la elaboración de su teoría de una fase en la que el sadismo alcanza su punto máximo. Esta teoría le permitía a la vez explicar la severidad del superyó introyectado en las fases arcaicas del complejo de Edipo.

La teoría de una fase de culminación de las pulsiones sádicas, al relacionar los descubrimientos de 1927 con los de los años 1929-1931, confiere su unidad profunda al sistema kleiniano de 1932, del que en verdad constituye el elemento organizador.

La noción explícita de una fase de apogeo del sadismo fue elaborada presumiblemente en 1928, durante el análisis de un niño psicótico, Egon. En todo caso fue en 1929 cuando Melanie Klein introdujo expresamente este concepto, en "Las situaciones ansiógenas arcaicas en el espejo de las figuraciones artísticas"¹. Lo bautizó algunos meses más tarde, en "La importancia de la formación de símbolos" (*ibid.*, pág. 209). Se trata de la *Höchste Blüte des Sadismus*, bien pronto abreviada como *Höchstblüte des Sadismus*: esta expresión desusada, que parece extrañamente anticuada para la conciencia lingüística alemana contemporánea, no es fácil de traducir con exactitud. En sentido figurado significa la "más alta prosperidad del sadismo"; en sentido propio, quiere decir literalmente "la más alta flor del sadismo". La fase a la que se refiere este término técnico es sin duda la de la "más alta" manifestación del sadismo por cuanto se caracteriza por la conjunción y la acumulación de **tres factores de intensificación (*Steigerung*) de la agresividad**.

- 1) El primero de ellos se relaciona con las metas pulsionales sádicas que, debido a la superposición de las etapas pregenitales, se suman, o incluso se potencian muy poco tiempo después del comienzo de la etapa canibalística. Las metas pulsionales de las pulsiones sádicas (morder, ensuciar con excrementos, cortar, quemar, etc.) se convierten, en efecto, en los medios fantaseados de una relación de objeto que apunta a la aniquilación de éste. Esta intensificación del sadismo, que es el resultado de la multiplicación de sus medios, constituye el aspecto más aparente y mejor conocido del apogeo del sadismo.
- 2) la intensificación del sadismo se refiere igualmente a los **motivos** de la agresión (muy en especial a sus bases pulsionales) *la pulsión de saber*, que establece con las pulsiones sádicas los vínculos más precoces y más estrechos. y a
- 3) su **objeto**. que es la imago compuesta de los dos padres, de tal suerte que la mala relación con uno de ellos no puede ser compensada por la buena relación establecida con el otro. La fantasía de los *padres combinados o acoplados* constituye el objeto monstruoso adecuado para asegurar el tercer tipo de intensificación del sadismo.

Para Melanie Klein, sólo se produce verdaderamente el apogeo del sadismo cuando todas las pulsiones concurren conjuntamente con las pulsiones sádicas propiamente dichas para producir ataques fantaseados contra el objeto o, más exactamente, contra los objetos, puesto que el apogeo del sadismo supone asimismo que todos los objetos son atacados cuando lo es aquel que los representa.

DEFINICION:

Hay apogeo del sadismo cuando el niño es impulsado por las pulsiones sádicas orales, sádicas anales y sádicas uretrales y por la pulsión de saber, a aniquilar, por todos los medios del sadismo, a los padres combinados.

La pulsión de saber y el apogeo del sadismo

Parece ser, que en lo que respecta a este punto Melanie Klein sufrió la influencia de la psicoanalista británica Mary Chadwick, que en 1925 había publicado un artículo titulado "La raíz del deseo ávido de saber"¹³, artículo que, MK, en efecto, citó en muchas ocasiones.

Cuando en 1927 MK introdujo la noción de *Wissentrieb*, retomó la tesis según la cual la sobrestimación masculina del pene y de las capacidades intelectuales viriles se remonta: ". . . a la frustración del deseo masculino de tener un hijo y al desplazamiento de este deseo al plano intelectual"

En 1932 volvió a insistir en esta cuestión, citando siempre a Mary Chadwick: la pulsión de saber concuerda con la rivalidad y la envidia del hombre hacia la mujer.

Chadwick procura apreciar el impacto de esas limitaciones de la pulsión, postula **dos principios** que parecen predestinados a integrarse con toda naturalidad en las teorías kleinianas de la pulsión de saber.

Primer principio: para el niño, conocer es poseer: ". . . hay una estrecha relación entre el conocimiento de una cosa y la toma de posesión de la misma. En las concepciones infantiles, conocimiento y posesión se identifican a menudo, de modo que el conocimiento adquiere un valor psíquico pleno de satisfacción".

Segundo principio: como consecuencia, frustrar el conocimiento equivale a privar de la posesión real de

una cosa, y las frustraciones experimentadas en el ámbito de la curiosidad son tan dolorosas como las demás: Es justamente por esto que la frustración en materia de saber es tan grave; es como si se sacara de la mano o de la boca del niño el objeto de satisfacción.

Por lo tanto, desde una perspectiva muy semejante a la de Melanie Klein, la curiosidad sexual será, según su destino- mantenimiento, represión, sublimación— el origen ya de síntomas neuróticos, ya de sublimaciones exitosas, entre las que figura en lugar destacado la pulsión de saber.

Esta curiosidad sexual, siempre según Mary Chadwick, se refiere a la cuestión del origen de los niños, y su frustración provoca en ellos una gran amargura.

Mary Chadwick estudia a continuación las formas particulares que adopta la pulsión de saber en ambos sexos. Cuando el varón debe renunciar a su deseo homosexual pasivo de recibir un hijo del padre, transforma por desplazamiento su deseo de tener en deseo de saber. ". .de tal modo que esta pulsión de saber constituye la única huella cierta del deseo original y prueba a la vez que el esfuerzo por conocer el objeto ha reemplazado al esfuerzo por poseerlo"

Así queda establecido el fundamento de las sublimaciones futuras, ya que la pulsión de saber ". . desplazada a otros objetos, se vuelve hacia formaciones sustitutivas sublimadas del deseo de tener un hijo". Pero esta frustración inicial, incluso si es sobrecompensada, deja una huella: la envidia respecto de la capacidad de ser madre de la mujer conducirá al hombre a negarle acceso al saber o al conocimiento, en virtud del odio envidioso que en todo niño se dirige en primer término a su madre y cuya génesis es descrita de este modo:

- 1)"Odio a la madre a causa de las prohibiciones que emanan de ella y se oponen a la satisfacción de la avidez de saber en el sentido de las etapas de organización oral arcaica, autoerótica, sádico-anal, narcisista y fálica.
- 2) Odio a la madre a causa de su mayor saber y de su negativa a comunicarlo.
- 3). Desplazamiento final de la pulsión del saber del deseo original de recibir un hijo cuando ese deseo se revela como irrealizable.
- 4). Esfuerzo para prohibir a la mujer la satisfacción sustitutiva, puesto que sigue siendo la rival que ha obtenido la victoria en el ámbito en que verdaderamente importa"

Ya en 1927 Melanie Klein afirmó, en el Congreso de Innsbrück, la existencia de una pulsión de saber, atribuyéndole una vinculación con la envidia y la rivalidad, un destino infausto por naturaleza y un papel esencial en el desarrollo. Pero, de acuerdo con su descubrimiento de las etapas arcaicas del Edipo, no se trata de la curiosidad tardía del niño que se aproxima al período de latencia sino de una forma arcaica de la pulsión de saber que Mary Chadwick no había contemplado.

Esta forma arcaica de la pulsión de saber es experimentada en una atmósfera de dolor y frustración extremos y se caracteriza por una relación desdichada con el lenguaje, cuyo valor de comunicación es presentado por el niño en edad preverbal, pero del qué se siente excluido puesto que aún no lo comprende.

Por lo tanto la pulsión de saber sigue el destino común de todas las pulsiones en la época en que comienza el Edipo: infiltrada por el sadismo, dirigida hacia una meta que no era inicialmente la suya, es controlada durante algún tiempo por las pulsiones agresivas y seguirá el destino de éstas, que es el de suscitar las defensas más enérgicas del yo. La herida narcisista provocada por el carácter traumático de la irrupción de las primeras preguntas en un yo carente de lenguaje y los sentimientos de culpabilidad provenientes del "vínculo primitivo de la pulsión de saber con el sadismo" amenazan proporcionar otros tantos motivos para la represión de esta pulsión y dejan entrever la posibilidad de una nueva explicación de la inhibición intelectual.

¿Cuál es entonces la contribución propia de la pulsión de saber como tal? Es, la de mantener el cuerpo (vientre) de la madre y sus contenidos en la posición del objeto y la función más evidente que cumple en la teoría kleiniana de esta época, es la de connotar una frustración de un género muy particular, en la que la dimensión de fantasía prevalece ampliamente sobre la dimensión de realidad; puesto que si la frustración oral supone una parte irreductible de realidad factual, la frustración de la pulsión de saber es un fenómeno puramente interno, al que el objeto real no contribuye en nada, por cuanto la exigencia de saber sólo es frustrada porque carece de los medios instrumentales para enunciarse y por lo tanto para manifestarse. Esta frustración puramente interna provoca una rabia y una agresividad cuya dimensión proyectiva, aunque no haya sido explícitamente elaborada, parece particularmente clara. Representa un factor puramente interior, ampliamente independiente del medio, en la intensificación del sadismo que comienza su "más alta floración". Es sin duda el primer ejemplo, en la obra de Melanie Klein, de esas relaciones de objeto precoces independientes de las zonas erógenas que para Fairbairn, Guntrip y Willy Baranger constituyen lo esencial de su aporte.

Todos los medios del sadismo en su apogeo

MK dice "La fase de apogeo del sadismo es la etapa canibalística" y también en otro texto "La fase de apogeo del sadismo se inicia con el comienzo de la fase canibalística y dura hasta el fin de la primera etapa anal". Esta aparente contradicción se explica por lo siguiente: en un sentido, el sadismo máximo es el de la etapa canibalística, que es el más brutal y el más radicalmente destructor; pero, en otro sentido, el sadismo máximo es el de la primera etapa anal, en la cual los ataques orales están lejos de haber desaparecido y están acompañados por ataques anales y uretrales que vienen a enriquecer el tono fundamental de todo un conjunto de armónicos siniestros. Pero, en lo que respecta a la definición del sadismo en términos de brutalidad o de variedad de los ataques, la incertidumbre habrá de prolongarse.

MK distingue, dentro de la fase de apogeo del sadismo, dos tiempos netamente contrastados en función del carácter directo o insidioso de los ataques imaginarios. El primer momento es el del sadismo brutal, sin

disimulo ni disfraz; para Melanie Klein, en apariencia, los ataques canibalísticos son todos de este tipo. El segundo tiempo es el de un sadismo a la vez refinado e insidioso, e incluso hipócrita; el que, por lo tanto, se caracteriza por procedimientos más indirectos de realización imaginaria de la destrucción del objeto.

Las tres "etapas" sádicas se superponen hasta tal punto que tienden a ser simultáneas en el momento de su apogeo, de modo tal que poco antes de que se produzca el viraje de 1934, vemos perfilarse la noción de una especie de período pan-sádico cuyo esquema organizador ya no es enunciado en términos de metas pulsionales sino en términos deliberadamente objetales:

"El niño entra en una fase en la que emplea todos los instrumentos de su sadismo con el único propósito de destruir el cuerpo de la madre y lo que éste contiene. Pero resulta claro que una "fase" semejante, en la que las metas (*aims*) son sólo *instrumentos* puestos simultáneamente al servicio de un proyecto (*purpose*) de destrucción del objeto, anticipa directamente la posición paranoide..

La individualización de los contenidos de las fantasías orales, anales y uretrales, resulta esencial para la comprensión de la paranoia y de los fenómenos persecutorios; la desconfianza paranoica podrá explicarse por la proyección en el objeto del sadismo insidioso del sujeto, que teme de parte de su perseguidor lo que él le ha hecho sufrir en sus fantasías inconscientes. Gracias a este descubrimiento es posible asignar puntos de fijación precisos a los dos grupos de psicosis en los que se manifiestan más claramente elementos persecutorios:

"He señalado la primera sección de la fase de apogeo del sadismo, aquella que implica ataques violentos, como el punto de fijación de la demencia precoz; la segunda, que implica ataques por medio del veneno y que se halla bajo el dominio de las mociones pulsionales sádicas uretrales y sádicas anales, como el punto de fijación de la paranoia"

Los análisis de John y de Dick permitieron profundizar la descripción y la interpretación de esta clase de hechos, cuya conceptualización fue retomada una vez más por la teoría kleiniana tardía bajo el rubro de identificación proyectiva.

Las fantasías de John, afectado por una inhibición intelectual importante, hacían intervenir animales peligrosos contra los que debía luchar sin descanso, por temor a que destruyeran el mundo entero. Esos animales representaban las heces del niño, que éste introducía imaginariamente en el cuerpo de su madre para dañarla y envenenarla y para destruir por ese mismo medio los contenidos de su cuerpo. Temiendo la retaliación, el niño sentía miedo ante la presencia supuesta dentro de su cuerpo de esos excrementos envenenados que el objeto atacado podría introducir mágica y secretamente en los orificios de éste: temía así no sólo sus propios excrementos sino también los ataques que podría llevar a cabo en el interior de su cuerpo el objeto introyectado.

La fantasía de los padres combinados y el apogeo del sadismo

[Escribir texto]

La *Schaulust*, el deseo-placer de ver, estaba en un principio dirigida a la escena primaria. Cuando la pulsión de saber reemplaza a este componente "voyeurista", afecta los "acontecimientos y procesos sexuales" que se supone tienen lugar en el interior del cuerpo de la madre. Será necesario esperar hasta 1927 para hallar una mención de la fantasía según la cual el niño espera encontrar en el interior del cuerpo materno el pene del padre incorporado durante el coito. A partir de entonces todo está dispuesto para que sea elaborada la imago unificada de los padres, lo que ocurrirá en 1929.

El sadismo apunta a destruir o robar del interior del cuerpo de la madre, no sólo las heces y los niños, sino también el pene del padre. Así, ninguno de los objetos cargados hasta entonces por el niño en el curso de su desarrollo se libra de sus pulsiones agresivas.

Los objetos parciales de la libido oral, el pecho y el pene, lo mismo que los objetos más o menos completos ("representados por sus órganos") de las primeras etapas edípicas son alcanzados simultáneamente por un sadismo del que, en lo sucesivo, nada se libra, y esto tanto menos por cuanto el cuerpo de la madre se considera equivalente al mundo en su totalidad.

El ataque de los padres combinados suprime casi totalmente el recurso de encontrar una relación benévola con uno de ellos. Contra esta imago el niño se encuentra solo y no puede buscar apoyo en uno de los objetos reales sino sólo en la imagen interna de los padres "buenos, cuya presencia, en ese contexto dominado por el sadismo, es por lo menos tenue. Según la lógica del temor a la retaliación, el niño que ataca simultáneamente todos sus objetos los teme, todos al mismo tiempo. Al sadismo más intenso corresponde la situación ansíogena más terrorífica y más paralizante: aquella que quiebra o deforma el yo.

El niño psicótico

La profundización de la teoría de las pulsiones es correlativa de uno de los descubrimientos fundamentales de Melanie Klein, el de los rasgos específicos de las psicosis infantiles.

3. LA PSICOSIS INFANTIL

La concepción genética de Karl Abraham no era sólo una teoría del desarrollo del niño normal, sino también el fundamento de una teoría psicopatológica.

Las perturbaciones que afectaban a los niños neuróticos se originaban en las etapas arcaicas del complejo edípico, que Melanie Klein consideraba, hasta 1934, como el núcleo de la neurosis. Las concepciones de Abraham no eran aptas para apoyar este enfoque, por cuanto relacionaban la neurosis con etapas relativamente tardías, mientras que la técnica del juego permitía poner de manifiesto las raíces orales. Sólo cuando debió enfrentar en su práctica los problemas técnicos y teóricos de la psicosis infantil se vio obligada a buscar instrumentos conceptuales adecuados que hicieran posible su comprensión. Encontró

algunos en Abraham y comenzó a mencionar cada vez más sus descubrimientos. Pero le fue preciso inventar por sí misma un número considerable. Así las contribuciones más originales de Melanie Klein a la teoría psicoanalítica entre 1927 y 1932 proceden en su totalidad, directa o indirectamente, de su experiencia con psicosis infantil; esto se aplica, en primer término, a la fase de apogeo del sadismo. Los hechos que descubrió entonces y que fue la primera en describir, no sólo en la historia del psicoanálisis sino también en la de la psiquiatría, así como la clasificación de las teorías explicativas que propuso, hicieron posible todos los progresos efectuados en psicopatología infantil en el último medio siglo, a los que se anticipó ampliamente. El problema de la psicosis fue abordado por primera vez en uno de sus escritos en el año 1929. Este hecho puede vincularse con los análisis de Egon y Dick, que le proporcionaron un medio de acceso progresivo a la comprensión del universo psicótico. En un primer momento el tratamiento de Egon la puso frente a un caso en que las inhibiciones respecto del juego y de las asociaciones libres impedían la producción de un material lo bastante abundante como para que fuera posible interpretarlo, al tiempo que el contacto era frío y distante, de modo que nada, ni la figuración simbólica ni la manifestación afectiva, permitían la intervención de la analista. En un segundo momento, el análisis de Dick, niño de cuatro años callado y retardado, permitió la aplicación a un caso extremo de soluciones que habían tenido éxito con Egon, confirmando su valor. Egon era un niño de unos diez años, alumno brillante, cuyas perturbaciones no se habían manifestado hasta los cinco años: el niño había podido por lo tanto hacer adquisiciones que sin duda facilitaron su tratamiento. Aunque presentaba un núcleo esquizofrénico, esto ocurría en una forma y en condiciones que resultaban favorables a su elucidación. Su análisis, lento y difícil, y cuyo curso desconcertó a Melanie Klein en un comienzo, duró unos dos años e incluyó alrededor de 425 sesiones. Tuvo lugar en 1927 y 1928, sólo unos meses después de la interrupción del tratamiento de Erna, que había posibilitado, entre 1924 y 1926 la exploración del núcleo paranoico subyacente en una sintomatología de aspecto francamente obsesivo.

Le bastó con relacionar las intuiciones suscitadas por las experiencias de los cinco años anteriores y con organizarlas para que tomara forma este descubrimiento —sin duda el más importante en la historia reciente de la psicopatología infantil— que es el de la existencia en el niño pequeño de formas de psicosis irreducibles a las que se observan en el adulto, formas cuyo determinismo debe buscarse en el fracaso del yo en la tarea de dominar el sadismo en su apogeo por medio de mecanismos de defensa eficaces, cuya frecuencia es considerable y que adoptan fácilmente la apariencia del retardo.

Ya en 1929 Melanie Klein enunció las ocho tesis siguientes:

1) “La esquizofrenia en los niños es mucho más frecuente de lo que suele admitirse”

Según se comprueba con frecuencia en los pacientes adultos que han sido psicóticos en su niñez, los niños pueden padecer psicosis auténticas sin que sus familias piensen ni por un instante en consultar,

[Escribir texto]

incluso cuando no forman parte de los estratos desfavorecidos. Así todo conspira para inducir a error respecto de la frecuencia de las psicosis infantiles: la tolerancia de los familiares con respecto a una patología que a menudo es provocada por ellos mismos, al menos parcialmente, y la falta de información psicológica de la mayoría, a la que se suma la falta de introvisión de los padres de niños, psicóticos.

2) El cuadro clínico de la psicosis infantil es "sui generis" No se lo
puede reducir al de la psicosis del adulto. Se caracteriza por el aspecto vago y multiforme de la sintomatología. Esto resulta de las características propias del niño, ser en desarrollo, y del funcionamiento de su aparato psíquico, en el que la fantasía y el juego ocupan un lugar preponderante. Por ello el diagnóstico será más seguro si se basa en criterios "evolutivos" y lúdicos: la fijación, en lo que respecta a los temas de los juegos y de las actividades, a una etapa que normalmente ya debería haber sido superada. Signos clínicos de retardo, retirada de la realidad, absorción completa en el juego y la fantasía, carácter extremado e "irreal" de la ferocidad y la bondad de los personajes de los juegos simbólicos, carácter estereotipado y repetitivo de esos juegos y, a veces, la ausencia de todo juego y de toda actividad. Pero todo esto escapa por lo común a la observación del adulto, y sólo el analista de niños puede establecer el diagnóstico de psicosis gracias a la técnica del juego: los signos más característicos de la psicosis infantil son de una índole tal que sólo se manifiestan plenamente en la sala de juegos. Las ideas de persecución y los temores hipocondríacos adoptan fácilmente la apariencia de simples conductas de disgusto o de malestares de escasa importancia. La inhibición intelectual o escolar pasa por pereza, "la incapacidad de concentrarse, la estupidez, la charla incoherente no llaman la atención cuando se trata de un niño". La obediencia catatónica o el negativismo pasan inadvertidos o se los combate recurriendo a medios educativos inadecuados. La hiperkinesis, las estereotipias, los manierismos son difíciles de distinguir de la exhuberancia, de las pequeñas compulsiones que constituyen variaciones de lo normal y de las actitudes lúdicas.

3) El criterio para la clasificación de las psicosis infantiles debe ser la naturaleza de los mecanismos de defensa utilizados.

Melanie Klein comprobó que la situación de peligro es más o menos la misma, excepto en cuanto a la intensidad, en la mayor parte de los niños, neuróticos o psicóticos, y, entre estos últimos, "esquizofrénicos" o "paranoicos". Sólo difieren los mecanismos empleados para hacer frente al temor provocado por esas fantasías comunes, y el grado de elaboración y encubrimiento de los contenidos más arcaicos. El problema de la "elección de la enfermedad" se planteó pues en términos tales que, para resolverlo, será necesario evocar o bien factores cuantitativos, o bien factores relacionados con los procedimientos de defensa utilizados, sin que estas dos soluciones sean incompatibles entre sí. Mientras que Abraham se proponía más que nada hacer corresponder una entidad nosológica con la actividad de un grupo pulsional preciso, Melanie Klein se preocupó ante todo por distinguir estrategias defensivas. La insistencia en las operaciones de defensa es correlativa de la insistencia en las superposiciones de las etapas y en la intrincación de "todos los medios del sadismo". Si no hay ninguna diferencia fundamental entre los ataques sádicos de las fantasías de Dick y los de las de Erna o Rita, es en el yo y en sus defensas donde debe ir a buscarse el principio de diferenciación entre las organizaciones psicopatológicas. Así, por esta vía inesperada, Melanie Klein, que optó por proseguir, gracias a la técnica del juego, la exploración de las capas más profundas del inconsciente en una época en que la mayoría de los psicoanalistas se volvían hacia la psicología del yo y de sus mecanismos de defensa, terminó por reencontrar el camino del estudio del proceso defensivo. Por una paradoja que no tiene nada de misterioso, fue ella, en definitiva, quien hizo los mayores aportes, después de Freud a la teoría de los mecanismos de defensa: proyección, reparación, escisión. etc. En lo que respecta a la

[Escribir texto]

sintomatología de las psicosis infantiles, la aplicación de este principio permitió fundamentar la distinción entre las dos principales formas identificadas:

son de índole paranoica las psicosis en las que predomina una relación proyectiva con la realidad, y de índole esquizofrénica aquellas que se acompañan de un repliegue en el universo fantaseado y ludico, de una huida de la realidad, incluso de la suspensión de todo interés por el mundo exterior. Al desarrollar esta última idea Melanie Klein logró uno de sus descubrimientos más decisivos, en la forma de la tesis siguiente, que ella fue la primera y durante mucho tiempo la única, con sus discípulas británicas, en sostener.

4) La psicosis infantil adopta con frecuencia la apariencia del retardo.

Sin duda ya se había observado antes de Melanie Klein la existencia de una relación entre la psicosis y el déficit intelectual. Pero ello ocurrió en el marco de la psicopatología del adulto, y el vínculo era considerado terminal y fatal: la demencia precoz culminaba inevitablemente, para Kraepelin, en un estado deficiente... Pero, en la concepción kleiniana, la relación se invierte: el vínculo es inicial y la angustia psicótica es lo primero y lo que bloquea desde el comienzo el desarrollo de la relación afectiva y cognitiva con la realidad. Por otra parte, en el ámbito de la psicopatología infantil nadie había considerado hasta entonces que los estados de retardo pudieran tener una etiología que no fuera orgánica. En este punto principalmente Melanie Klein innovó pues de manera radical, anticipándose en una veintena de años a las perspectivas que se abrieron a muchos en el marco del análisis del trabajo de Kanner.

5) Las psicosis infantiles deficitarias provienen con frecuencia de una perturbación del pensamiento simbólico.

También en este aspecto el alcance del aporte kleiniano fue decisivo, y se trata quizá de la cuestión respecto de la cual introdujo las innovaciones más radicales.

Conviene recordar que los trabajos que difundieron el empleo de las nociones de símbolo y simbolismo provienen de tres fuentes principales que son en su totalidad posteriores a las reflexiones de Melanie Klein. La primera de esas fuentes es la obra del filósofo Ernst Cassirer titulada *Philosophie des formes symboliques*, cuyos tres volúmenes son contemporáneos de las contribuciones de Melanie Klein. El primero, sobre *La langue*, fue publicado en 1923, año en que aparecieron los dos artículos protokleinianos que exponen las primeras concepciones del simbolismo que hicieron posible el descubrimiento de la técnica del juego. El tercero, titulado *Phénoménologie de la connaissance*, apareció en 1929, es decir, en el mismo año que el artículo "La importancia de la formación de símbolos". En este tercer volumen, que Melanie Klein no pudo haber conocido, se encuentran las páginas consagradas a la "patología de la conciencia simbólica". Pero recordemos que esos desarrollos sólo se refieren a una patología deficitaria y que Cassirer se interesaba en la pérdida del poder de evocar y de relacionar del símbolo: como veremos, el descubrimiento kleiniano tiene un sentido exactamente opuesto. La segunda fuente es la lingüística, surgida indirectamente de las enseñanzas de Ferdinand de Saussure. Pero también en este caso es necesario precisar que la definición saussuriana del *signo* lingüístico —y no del símbolo— ha pasado totalmente inadvertida en vida de ese autor. En 1929 sólo sus discípulos ginebrinos y los investigadores del Círculo Lingüístico de Praga, en ese entonces desconocidos, estaban al tanto del *Cours de linguistique générale*, y lo citaban. Sus trabajos sólo hallaban repercusión en un público especializado antes de que Claude Lévi-Strauss los hiciera conocer del público instruido, proponiendo su método como modelo para las ciencias humanas en general. Por lo demás, el empleo de la noción de símbolo parece más característico de los autores que se inspiran en la lingüística que de los lingüistas mismos. La tercera fuente son los trabajos de Jean Piaget sobre la función simbólica. Pero *La formation du symbole chez l'enfant* data de 1945, y el interés por las actividades simbólicas en el ámbito de la psicología genética y el de la psicología comparada, que no es anterior a 1930, parece haber sido inspirado en gran medida por Cassirer. Es cierto que Piaget se interesó muy tempranamente en el simbolismo, pero fue en la época en que pertenecía a la Sociedad Suiza de Psicoanálisis y participaba en los congresos de psicoanálisis; el simbolismo del que hablaba entonces era el que Freud había descubierto y descrito.

Pasar de una concepción que hace de la libido el factor dinámico a otra que asigna ese papel a la angustia representa renunciar implícitamente a la tesis de un narcisismo primario, de un estado objetal inicial. En el pensamiento de Melanie Klein —y también en el de Abraham, que hace surgir este afecto en la etapa sádica

[Escribir texto]

oral— la angustia es por definición el signo de una relación de objeto, y más precisamente de un ataque sádico. Hacer de la angustia un factor de la formación del símbolo es, por lo tanto, hacer comenzar ese proceso en un tiempo en que la relación con los objetos se encuentra ya establecida. Por eso mismo, lo que resulta modificado es el significado general de la concepción kleiniana de la formación del símbolo. Esta concepción ya no tiene la función de explicar la carga pulsional del yo en general a partir de un estado en que sólo el yo es cargado (la palabra yo no designa aquí una instancia especial sino la personalidad global). Lo que debe explicar ahora es cómo la carga pulsional es transferida de ciertos objetos primordiales a otros objetos. Ya no se trata del problema muy general, de índole ampliamente especulativa, de la carga pulsional de la realidad exterior, sino de la cuestión mucho más limitada de la carga de ciertos aspectos de la realidad que no tienen inicialmente valor biológico o afectivo: "Los deseos de destrucción son dirigidos contra los órganos que hacen las veces de objetos —el pene, la vagina, el pecho—, desencadenando el temor a esos objetos. Esta angustia contribuye a establecer una **equivalencia** (*Gleichsetzung*) entre esos órganos y otras cosas. Se vuelve de esas cosas transformadas en objetos ansiógenos hacia el establecimiento de otras equivalencias siempre renovadas. La equivalencia o *ecuación simbólica* es una forma arcaica de vinculación entre dos representaciones, se acompaña de su confusión pura y simple, y no hay ninguna distancia posible entre los dos términos puestos en ecuación;

En el símbolo propiamente dicho, en cambio, dos representaciones son puestas en relación de modo tal que una puede valer por la otra, pero también son separadas y claramente reconocidas como distintas. Gracias al significado simbólico de los objetos, éstos pueden servir de base a las sublimaciones: así un sujeto normal puede sublimar sus fantasías y tendencias masturbatorias tocando el violín con virtuosismo y encontrando en ello una gran satisfacción. Pero el psicótico no puede hacer lo mismo, ya que, como él dice, "sería masturbarse en público": no es capaz de manejar símbolos y queda atrapado en las equivalencias o ecuaciones simbólicas.

"El temor al objeto introyectado sería, a mi juicio, una incitación a la proyección de ese temor en el mundo exterior. Así los órganos, los objetos, las heces y las cosas, y además el objeto interiorizado, son equiparados con el exterior. Al mismo tiempo, el temor al objeto exterior es distribuido en una multitud de objetos gracias a la equiparación de los objetos exteriores entre sí"

-Equivalencia entre los objetos físicos : las equivalencias "horizontales" entre una cosa y otra dependen estrechamente de su equivalencia común con un objeto interior. Se hace necesario pues considerar esta forma previa de identificación.

Equivalencias entre objetos libidinales o ansiógenos y objetos físicos. La idea que expresa Melanie Klein sobre este punto es la siguiente: es la proyección lo que determina esta equiparación, motivada por el temor al objeto introyectado. Sin duda le parece que la descripción de este mecanismo es demasiado común como para merecer una elaboración especial en ese contexto: constituye la causa de, entre otras, las fobias arcaicas (sobre todo las zoofobias de la primera etapa anal). Su precursor es la eyección anal. Su función consiste en atenuar la angustia, reemplazando el temor de un "objeto temido, del que no se puede huir porque ha sido introyectado" por el de otro objeto "exterior y por añadidura menos temido"

Equivalencias simbólicas entre los objetos parciales. Nada se expresa que sea apto para explicar la formación de las equivalencias entre los objetos parciales : heces, pene, pecho, etc. Descritas por Freud, comprobadas universalmente en los sueños, el mito y el folklore, están ya dadas antes de toda proyección. Todos los órganos y todos los productos corporales son equivalentes en principio para el inconsciente.

Este sistema de remisiones recíprocas en la indiferenciación está más acá del proceso de simbolización. Proceso primario más que secundario en el lenguaje metapsicológico en su aspecto económico de Freud. La equivalencia sería la base del simbolismo y del interés por los objetos exteriores. La distancia entre la equivalencia y el simbolismo se hace patente en la clínica de la psicosis.

En un principio MK se interesa en la distinción práctica entre los vínculos semióticos-equivalencia o símbolo-que inhiben la actividad de la fantasía y aquellos que la facilitan. Al emprender el psicoanálisis de Dick se vio

[Escribir texto]

enfrentada a un "obstáculo fundamental", Dick no tenía relación simbólica con las cosas, éstas no tenían valor afectivo para él, y por consiguiente, cuando manipulaba objetos, ello estrictamente no quería decir nada, no se podía considerar su juego o su actividad como una representación simbólica basada en fantasías. "Después de un débil comienzo la formación de símbolos se había detenido. Las tentativas de los primeros años sobrevivían en un interés único que, desconectado y aislado de la realidad, no pudo servir de base a otras sublimaciones" Se trataba de un interés por los trenes y las estagaciones, las puertas, los picaportes, su apertura y su cierre. Este interés representaba la penetración del pene en el cuerpo de la madre. Era "el temor de lo que tendría que soportar por haber penetrado el cuerpo de la madre" lo que había detenido la formación de símbolos. El "símbolo" es tan poco diferenciado de la cosa simbolizada, que no puede eludir la inhibición que afecta a esta última. Así, la pretendida falta de capacidad simbólica refleja, no una ausencia de significado de los objetos o de las actividades con ellos relacionadas, sino la proliferación incontrolable de sus significados. Si Dick "no tiene relación afectiva con las cosas" no es porque, recluido en un estado anobjetal, no les confiera ningún sentido, es, en cambio, porque para él "el mundo es aún un vientre poblado de objetos peligrosos" que es necesario evitar a toda costa. Lo que falta en la psicosis —falta que es normal en las primeras etapas del Edipo— no es la relación entre los términos equivalentes sino su discriminación, la capacidad de distinguir entre el símbolo y la cosa simbolizada. Salvo si se parte del reconocimiento, por lo menos implícito, de este hecho, no podría comprenderse la actitud de Melanie Klein en el comienzo del análisis de Dick. Sabemos, en efecto, que con este niño recurrió a un procedimiento muy semejante a los que recomendaba Hermine von Hug-Hellmuth en 1920: como el niño no jugaba ni realizaba ninguna actividad espontánea, Melanie Klein utilizó la información que había obtenido de los familiares acerca de su interés estereotipado por los trenes y colocó frente a él trenes de juguete de distinto tamaño, explicando verbalmente el significado que les atribuía (el tren pequeño era el "tren-Dick", y el grande, el "tren-papá"); tan pronto como el niño esbozaba un gesto y pronunciaba una palabra, ella interpretaba. Ahora bien, contrariamente a lo que a menudo se piensa, Melanie Klein no solía valerse de procedimientos tan "salvajes": ". . .en el caso de Dick —escribe— modifiqué mi técnica habitual. Por lo general no interpreto el material antes de que éste haya sido expresado en muchas representaciones distintas. En este caso, sin embargo, en que la aptitud para representar ese material se hallaba casi por completo ausente, me vi obligada a interpretar basándome en mis conocimientos generales, ya que las representaciones eran bastante vagas en el comportamiento de Dick".

La influencia de las interpretaciones repetidas pudo observarse en la aparición de una aptitud inédita para formar símbolos y utilizarlos. Pero esta adquisición no consistió en la formación de nuevos vínculos semióticos, sino que fue una toma de conciencia de las equivalencias experimentadas inconscientemente. Esta toma de conciencia facilitó la discriminación de términos equivalentes. Cuando las cosas reales fueron diferenciadas de los objetos internos, dejaron de provocar una angustia desmesurada y el niño pudo por lo tanto interesarse en ellas de una manera activa, compararlas, reconocerlas y aprender su nombre. Sin embargo, resulta claro que un proceso semejante no se refiere a la *formación* de símbolos sino a su utilización. El proceso por el que se pasa de la *equivalencia simbólica* al *símbolo* propiamente dicho no se encuentra descrito en ese contexto. MK después de haber localizado en el nivel de la actividad simbólica el trastorno principal de la psicosis deficitaria del niño, omitió deliberadamente elaborar la teoría de la función normal a partir de su perturbación y dirige su interés a la descripción de los mecanismos de la curación: distribución de las identificaciones, repartición de la angustia que culmina en su *dosificación*. Por eso no existe en la época de *El psicoanálisis de niños* una teoría acerca de ese simbolismo con el cual se relacionan todas las sublimaciones, sino una teoría detallada de la proyección, la escisión y la reparación, las cuales permiten utilizar los símbolos en el sentido de la sublimación.

- 6) La perturbación de la actividad simbólica en la psicosis deficitaria proviene, en último análisis, del conflicto defensivo.

MK piensa que lo que afecta, si no a los niños psicóticos en general por lo menos a Dick, es un exceso de desarrollo del yo. Lo que lo paraliza y traba su desarrollo no es un sadismo más excesivo que el de otros niños sino el hecho, que Melanie Klein presenta como fortuito y que no trata de explicar, de la aparición "demasiado precoz y demasiado importante" de un proceso, positivo en sí mismo, cuya base pulsional es genital y por lo tanto libre de sadismo, a saber "la identificación con el objeto atacado". A causa de esta identificación el niño no puede soportar su propia agresividad, puesto que la formación reactiva de la piedad impide toda manifestación sádica en una época en que el sadismo se encuentra normalmente en su apogeo y debe hallar los medios de expresarse. Para contrarrestar el sadismo se ve obligado a inhibir toda actividad, tanto práctica como fantaseadora. Así, el origen primordial de la detención del desarrollo que constituye la psicosis deficitaria de Dick es, en cierto modo, un exceso de la fuerza del yo: "la puesta en marcha precoz de las relaciones surgida de la etapa genital provenía de un desarrollo prematuro del yo, pero sólo consiguió frenar su desarrollo posterior"

- 7) La psicosis infantil implica una angustia disimulada pero agobiadora

Esto significa decir que la falta de angustia en el psicótico —niño o adulto— encubre una angustia que abruma. Melanie Klein consideró este hecho tan firmemente establecido que no experimentó la necesidad de esgrimir ningún argumento en apoyo de su tesis cuando la mencionó de manera casi incidental en 1932: ". . . sabemos que las cantidades de angustia en el psicótico son esencialmente más grandes que en el neurótico"

- 8) La neurosis infantil es un conjunto de defensas contra un núcleo psicótico subyacente

Esta tesis es muy especialmente verdadera en el caso de la neurosis obsesiva; la neurosis infantil presenta a menudo rasgos obsesivos pronunciados. La teoría de la neurosis infantil, primer ámbito de aplicación de los descubrimientos iniciales de Melanie Klein, experimentó, a partir de 1929, la influencia retrospectiva del descubrimiento de la fase de apogeo del sadismo y de las angustias psicóticas correspondientes. Lo esencial de su concepción consiste en lo siguiente: los mecanismos obsesivos, suscitados invariablemente por las exigencias de la lucha contra las angustias arcaicas, típicas de las primeras etapas del Edipo, procuran disminuir esas angustias haciendo intervenir procedimientos más evolucionados, menos sádicos y menos violentos que las defensas propias de las primeras etapas del desarrollo. Si fracasan, se fijan y se consolidan en una neurosis estructurada, cuya formación refleja la intensidad extrema de las angustias arcaicas y, por lo tanto, del sadismo primario. Si tienen éxito, son progresivamente abandonados o transformados en mecanismos adaptativos que corresponden al nivel genital y por lo tanto a la ligazón definitiva del sadismo por las tendencias libidinales.

Así la concepción expuesta en *El psicoanálisis de niños* permite comprender tres hechos que se observan con frecuencia:

- a) La extrema frecuencia de los mecanismos obsesivos en la neurosis infantil, e incluso, podría añadirse, en la vida corriente del niño normal, también fuera de los períodos de crisis. No hace sino poner de manifiesto la actividad de un conjunto de procesos pulsionales y defensivos cuya intervención es indispensable para que puedan superarse las tendencias canibalísticas y sádico-anales: anulación, sobrecompensación, reparación.
- b) El carácter inquietante del pronóstico de una neurosis obsesiva muy precoz. La concepción kleiniana de 1932 permite comprender la formación precoz de la neurosis relacionándola con el bloqueo del proceso del desarrollo normal por efecto de las angustias psicóticas subyacentes. La neurosis obsesiva es así un compromiso entre lo que W. Bion llamará más tarde, la "parte psicótica"

de la personalidad" y la parte no psicótica. En este sentido, la neurosis obsesiva estructurada del niño pequeño sería, más que un estado auténticamente neurótico correspondiente a la neurosis obsesiva del adulto, un estado límite según la acepción que da Jean Bergeret a este término, que niega la posibilidad de abordar abiertamente y de elaborar en forma completa un Edipo clásico. Esta concepción tiene además la ventaja de explicar mejor el rigor del superyó en la neurosis de los niños de más edad o de los adultos: "el superyó severo que la caracteriza no es sino el superyó terrorífico e inalterado de las primeras etapas del desarrollo". Desde esta perspectiva es posible reinterpretar fácilmente los aspectos principales de la sintomatología obsesiva y compulsiva: las dificultades tan frecuentes de los obsesivos con las posesiones, la compulsión a acumular objetos y a desprenderse de ellos, la compulsión a tomar y a dar, remiten a la imago de la madre terrorífica de la educación en los hábitos de higiene, que exige "... la devolución de las heces y de los niños que le fueron robados". La aversión a la suciedad y la afición a la limpieza derivan del temor que siente el sujeto por sus propios excrementos, identificados en el inconsciente con sustancias tóxicas a partir de la fase del sadismo insidioso. La necesidad de someter a su control a los allegados corresponde a la necesidad de controlar los objetos internos peligrosos: el ello y el superyó proyectados en los objetos reales, más fáciles de dominar que los objetos internos.

La afinidad entre la psicosis y la neurosis obsesiva es tal que, en los casos más graves, las dos afecciones pueden sucederse pura y simplemente. Es lo que ocurre durante la evolución de ciertos niños muy perturbados que, en el curso de la primera etapa anal, atraviesan por "crisis paranoides rudimentarias pero reales" que serán superadas en la etapa siguiente gracias a la instalación de una neurosis obsesiva. Este vínculo precoz entre el estado paranoide y el estado obsesivo constituye una especie de punto de apoyo para una eventual regresión. Así los casos más graves de neurosis obsesiva —precisamente aquellos en que esta afección sigue a un estado paranoide— suponen siempre el riesgo de una evolución hacia la psicosis: "el fracaso de los mecanismos obsesivos abre el camino a las manifestaciones paranoides subyacentes, e incluso a una psicosis paranoica franca"